

Soberanía alimentaria

Unos 852 millones de personas pasan hambre en nuestro mundo globalizado. Lo cual quiere decir que sus vidas están directamente amenazadas. Al mismo tiempo, los excedentes alimentarios plantean un serio problema a las economías más poderosas de este mismo mundo globalizado. Para quien no se obstine en seguir mirando a otra parte, este dato masivo es una prueba de que la economía mundial adolece de un mal planteamiento. No se trata de ningún problema insoluble o misterioso porque hace ya más de cincuenta años el gran economista Keynes diseñó otro sistema económico-político mundial para evitar tan trágicas consecuencias.

Poblaciones campesinas y urbanas de los países pobres están sufriendo las consecuencias de una alimentación muy deficiente: se calcula que el costo económico del hambre para los países en desarrollo asciende a 500.000 millones de dólares anuales en pérdidas de productividad, debido a las discapacidades físicas y mentales provocadas por la desnutrición. La reducción del hambre a la mitad el año 2015 es uno de los «Objetivos del Milenio»; sin embargo, según Jacques Diouf, Director General de la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO), «de seguir así, el hambre se reducirá a la mitad en 2150».

Pero hay poblaciones campesinas que, sin esperar a que la solución les llueva desde las altas instancias de los organismos internacionales, han empezado a organizarse para alimentarse mejor. Quieren contar ante todo con su propio

esfuerzo y con lo que ellos mismos ven como la mejor solución. Pero no pocas veces chocan con las políticas de los organismos internacionales.

Cuando no es posible producir leche o arroz

Hace unos años, el Gobierno de Mali lanzó una campaña para promocionar la producción local de leche: inversiones para mejorar la cabaña, modernizar el cultivo del forraje, montar cooperativas locales y construir una central lechera. Cuando todo estaba en marcha, el mismo Gobierno recibió presiones del Banco Mundial en el sentido de privatizar la central lechera. No le quedó más salida que ejecutar lo que se le «sugería». La nueva central privatizada pronto descubrió que le resultaba más rentable comprar leche en polvo de la Unión Europea, una leche subvencionada (dos dólares diarios por vaca). Las cooperativas tuvieron que cerrar, los campesinos se quedaron en el paro y volvieron a la penuria anterior de leche, dinero y alimentos...

Con el arroz sucedió algo parecido. El Gobierno construyó una presa sobre el río Níger para el riego de los arrozales y la producción de electricidad. El arroz era de muy buena calidad. Pero la obligación de abrir los mercados locales, impuesta por las instituciones económicas mundiales, tuvo como consecuencia que el arroz tailandés, de peor calidad pero más barato, alteró el mercado local. De esta manera, el mercado globalizado, conforme a las exigencias de los más poderosos, destruye los mercados interiores de muchos países pobres ¿Cómo romper el círculo vicioso de la pobreza y el hambre?

Muchos países pobres han comenzado a responder: no queda más solución que **«la soberanía alimentaria»**. Porque a estas alturas resulta evidente que *«el mercado no suprime el hambre; ésta crece en el mundo pese a los excedentes de producción»*, como se dijo en Mali.

El Foro de la soberanía alimentaria

Así, 98 de estos países pobres se reunieron en Mali a fines de febrero pasado para reflexionar sobre sus problemas alimentarios y esbozar algunas soluciones (entre sus representantes se encontraba el obispo brasileño Tomás Balduino). Dieron a este Foro un nombre cargado de fuerte simbolismo: el de Nyeleni, mítica campesina maliense, de hace 300 años, que domesticó semillas y animales y creó un modelo de vida autosuficiente. La importancia de este mito dinamizador no puede minimizarse en un continente en el que el 75% de la población vive —y también muere— de la agricultura.

Como lo han repetido los animadores de este Foro, **«alimentarse se ha convertido en un acto político»**, ha dejado de ser un problema meramente

privado. Las instituciones internacionales han intervenido en él hasta el punto de paralizar en buena parte a los gobiernos locales. Por ello, en cabeza de los temas tratados figuró el del *comercio internacional*, seguido de otros como la cadena alimentaria, las redes de distribución (tan poderosas a la hora de fijar los precios), la tecnología, el acceso al control de los recursos, las migraciones, los desastres naturales, los conflictos entre poblaciones (por ejemplo, entre pastores y agricultores), la reapertura de las rutas de trashumancia, etc.

La palabra **«soberanía»** no hace más que poner de relieve el evidente carácter político del problema de la alimentación. En un asunto tan vital como la alimentación, la soberanía no es un lujo, es algo indispensable. *«Tenemos derecho a decidir qué comemos, quién lo produce y cómo se produce»*, se dijo en Mali. En décadas pasadas, habitualmente se habló de «seguridad alimentaria», un concepto que este Foro rechazó por estimar que donde no hay soberanía no se puede hablar de seguridad. Parece que no les falta razón, pues un país invadido o simplemente amenazado de invasión (como Hungría y los demás países del Este europeo en los tiempos del Telón de Acero) ¿puede todavía hablar de auténtica seguridad nacional? Primero necesitaría ser verdaderamente soberano. De la misma manera, no hay seguridad alimentaria cuando se está sometido a la necesidad de abrir las fronteras a la *«comida a cualquier precio»*. De ahí que los reunidos en Mali invocaran el derecho a restringir la invasión de productos alimentarios que padecen.

El concepto de «soberanía alimentaria» ni se ha inventado en este Foro ni es de origen africano: se trata de un concepto proveniente de los «pequeños agricultores y de los pueblos indígenas» de América Latina que han reflexionado sobre las causas profundas de su miseria; de América pasó a Asia, Europa y África.

El Foro para la Soberanía Alimentaria celebrado en Roma el año 2002 definió dicho concepto como *«el derecho de un individuo, de una comunidad y de un país a definir su política agraria, alimentaria, pesquera, ganadera, agrícola y sindical, ecológica y social, que sea económica y culturalmente apropiada a su singular situación»*. Obviamente, se trata de una alternativa al actual modelo neoliberal. Una alternativa que habría de basarse en un concepto diferente de desarrollo.

El verdadero desarrollo

El verdadero desarrollo sólo puede tener su raíz en un proceso autónomo, cooperativo y autogenerado, centrado, por tanto, en las necesidades básicas de cada país, de las que han de deducirse las producciones básicas que se han de lograr. A casi medio siglo de distancia de las independencias de los países africanos, está sobradamente comprobado que ni las necesidades ni las

soluciones pueden imponerse desde fuera, como se ha intentado hacer demasiadas veces. El modelo de las sociedades industrializadas no sirve, al menos por ahora; y, por tanto, no debe imponerse. Las relaciones exteriores —ya sean políticas o económicas— deben subordinarse a las necesidades internas. La competitividad internacional, que actualmente se propone como solución universal, puede ser una trampa. La tecnología tampoco se puede importar sólo a partir de su alto rendimiento en otros contextos: ha de ser la adecuada, habida cuenta de los recursos y elementos tecnológicos válidos existentes en los sectores tradicionales y sin perder de vista el objetivo del pleno empleo.

Esta concepción del desarrollo, autocentrada y con una visión realista de las capacidades locales, choca inevitablemente con la actual forma de globalización económica. La actual globalización no está resolviendo los problemas más urgentes de la mayor parte de la humanidad. Además, está en manos de las grandes potencias que controlan las instituciones internacionales, en particular, la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (en siglas OMC, FMI y BM), y no impiden la práctica del *dumping*, sobre todo en el terreno agrícola, con lo que permiten la entrada en los países pobres de productos agrarios fuertemente subvencionados por los gobiernos de los países ricos. Según la FAO, las subvenciones a los agricultores de los países desarrollados giran en torno a los 1.000 millones de dólares por día; y hay países en los que el 60% de los ingresos del agricultor procede de la ayuda estatal.

Sin una verdadera democracia internacional y el respeto a lo que ésta decida, la supuesta libertad de ricos y pobres, de poderosos y débiles, se parece mucho a la ley de la jungla. Y produce numerosas víctimas, es preciso recordarlo una vez más. La actual situación es fruto de una imposición, no obedece a ninguna «ley natural» que no pueda —y aun deba— ser corregida por la razón humana.

Otra globalización fue posible

La humanidad pudo escoger otro camino mejor hace algo más de medio siglo. Nos referimos al proyecto de nuevas relaciones político-económicas diseñado por **John Maynard Keynes** durante los últimos años de la Segunda Guerra Mundial. Su proyecto fue defendido por Gran Bretaña en la conferencia de Bretton Woods, presidida por el mismo Keynes. El gran economista británico propuso un sistema capaz de renovar las reglas del comercio internacional, insuflando en ellas un mayor sentido democrático y proponiendo un entramado comercial más atento a las necesidades concretas de las poblaciones del Norte y del Sur.

Para ello propuso la creación de la *Organización Internacional del Comercio* (OIC), flanqueada por un Banco Central Internacional: la *Unión Internacional de*

Compensación (UIC), que habría de emitir una moneda mundial para el comercio internacional. Inicialmente, la OIC fue aprobada en la conferencia de La Habana (1948). Su carta fundamental comenzaba con **una referencia explícita a la carta de las Naciones Unidas** y, por consiguiente, a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Preveía incluso que los Estados que no hubieran pagado puntualmente su cotización a la ONU perdieran su derecho de voto (esta medida habría evitado la situación humillante a la que los EE UU tienen sometida a la ONU, al mismo tiempo que habría impedido a esta superpotencia tener vara alta en los organismos internacionales de comercio).

El pleno empleo, el progreso social y el desarrollo formaban parte también de los objetivos de la OIC. Igualmente fijaba como obligatoria la cooperación con la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en torno a las condiciones de trabajo y la mejora de los salarios, temas sobre los que la actual OMC no se pronuncia para nada. Toda una serie de disposiciones conferían a la OIC un sello democrático, ausente en el FMI.

Más aún: además de la moneda internacional única, Keynes propuso un tipo de cambio fijo. Las deudas de un país no podían exceder la mitad de la media de las transacciones comerciales realizadas durante los cinco años anteriores. Igualmente, los países acreedores deberían pagar determinados porcentajes por sus excedentes. Las economías deficitarias se verían obligadas a devaluar sus monedas y las excedentarias a reevaluarlas. Etcétera.

Con tales instituciones, ningún país habría podido registrar enormes déficits comerciales como el que arrastran los Estados Unidos (716 mil millones de dólares en 2005) y que soportan, en buena parte, los demás países, hoy sobre todo China, o unos excedentes comerciales tan gigantescos como los de la misma China (excedentes que tienen mucho que ver con la terrible dictadura impuesta a todo el país y la marginación de su campesinado). Habríamos tenido una economía mundial más democrática y más inspirada en los grandes principios éticos de la humanidad.

La deuda aplastante del Tercer Mundo y las políticas de ajuste estructural que hoy aplican el BM y el FMI a los países pobres, habrían sido impensables en aquel sistema. Aquel proyecto keynesiano permite afirmar que *«otra globalización fue posible»*. ¿Por qué hoy no?

Finalmente, el plan keynesiano no se llevó a la práctica. Keynes falleció en 1946. En 1947 se creó el GATT, precursor de la OMC. La OIC perdió otro apoyo importante en la persona de Cordell Hull, secretario de Estado norteamericano, que dimitió de sus funciones por motivos de salud. De esta manera, se esfumó el momento de entusiasmo que había dominado en Bretton Woods, cuando las grandes potencias querían «renovar el mundo». Además, las grandes empresas se oponían a la creación de la OIC. Mientras, el Departamento de Estado y el Tesoro estaban volcados en el Plan Marshall. Las elecciones

presidenciales de 1948, que se anunciaban difíciles, desaconsejaban a los dos partidos norteamericanos comprometerse a fondo con un acuerdo internacional. Finalmente, la guerra fría, que acababa de empezar, disminuyó el interés y la urgencia por crear la OIC. El reelegido presidente Truman (1948) presentó sin demasiada convicción la OIC en el Congreso, pero los legisladores ni siquiera se molestaron en someterlo a votación.

Desde entonces los excesivos beneficios y las deudas astronómicas no han cesado de multiplicarse. Mientras que el BM y el FMI han seguido imponiendo a los países empobrecidos y endeudados unas **«políticas de ajuste estructural»** que han ocasionado graves perjuicios a los países más pobres, sobre todo en sus sistemas educativos y sanitarios.

En las relaciones puramente naturales, «el pez gordo se come al chico». Aunque abundan los partidarios de aplicar este sistema a las relaciones entre los hombres y los pueblos, otros economistas (liderados por Keynes) y políticos piensan que el hombre no es sólo naturaleza y que el mero afán de lucro no debe guiar las relaciones entre los pueblos, sino que la política (o gobierno de la «*polis*», hoy de la «aldea global») debe regir a la economía.

En términos parecidos se expresaba Benedicto XVI, el 20 de octubre de 2005, en carta a Jacques Diouf, Director General de la FAO: *«El hambre también es provocada por el mismo hombre y por su egoísmo, que se traduce en carencias de organización social, en la rigidez de las estructuras económicas que, con demasiada frecuencia, sólo buscan la ganancia (...) y en sistemas ideológicos que reducen a la persona, privada de su dignidad fundamental, a mero instrumento».*

Comer —o no comer— es un acto humano, un acto con implicaciones políticas (entre otras, la emigración). Todos los hombres estamos sentados a la misma mesa, en un mismo mundo. Lo menos que se puede pedir —y exigir— es que, de hecho, no se impida a los pobres producir y comer los alimentos que producen.

No se trata de «profetizar» *a posteriori* que el proyecto de Keynes hubiera sido, tal y como lo presentó, todo un éxito. Nadie puede asegurar qué habría pasado si se hubiera adoptado. Pero sí parece evidente que, tanto entonces como ahora, otra manera de organizar la economía era y es posible. El liberalismo clásico presenta el mercado como el sustituto de la mano intervencionista del gobernante, capaz de resolver automáticamente *el qué, el cómo y el para quién* de la actividad económica. Salta a la vista que esa mano invisible hoy no lo está haciendo bien desde el punto de vista global de la humanidad entera. No es racional cerrar los ojos a la realidad para seguir manteniendo dogmas. Aun teniendo en cuenta las leyes económicas, es preciso reconocer la prioridad de la razón (la que Kant llamaba «razón práctica» o ética) frente a la razón instrumental de las ciencias, incluidas las ciencias económicas. ■